

na; acuérdate que el menor de tus dolores,
tu más tenue suspiro, una sola de tus lágrimas
pesan más en la balanza de la Divina
Justicia que todos los pecados de los hombres,
que al fin somos tus hijos!



DISCURSO

pronunciado en el

CENTENARIO DE SANTA TERESA

DE JESUS,

celebrado en la ciudad de Toluca, el día 15 de Octubre de 1882.



COMO grandes faros, cuyas radiantes
luces iluminan á las generaciones en
el tempestuoso mar de la vida, ha co-
locado Dios en los promontorios de la his-
toria las santidades preclaras, los genios
insignes de algunos de sus escogidos, para
que á inmensas distancias alumbren en el
océano revuelto de los siglos, á las almas
que atraviesan el humano vivir, trémulas
de espanto y de congoja, sedientas de bien
y de verdad, de ciencia infalible y de bie-
nandanza plena!

Un nombre hay sobre todo nombre. Al
escucharlo los cielos y los firmamentos sal-
tan de júbilo, y de terror se estremecen los
abismos. Un poder hay sobre todo poder
que en vena indeficiente hace brotar la exis-
tencia del seno de la nada y que es la vida
de cuanto tiene vida y la esencia del sér

mismo! Este Sér Infinito, al tomar nuestra carne, atrajo á sí todas las cosas, porque todas eran suyas. De Él parten y á él van todos los siglos. Colocado en la cúspide de todos los tiempos y en la más alta cumbre de la humanidad, domina desde allí á las generaciones que fueron y á las que serán, á las que duermen el sueño de la tumba y á las que sólo viven en la mente eterna. .

¡Jesucristo! ¡Sólo Él es la verdad y la vida! Según la frase inspirada de San Juan, Él es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: la luz que de él irradia es la que como un débil destello se refleja en los más altos genios y en las más elevadas santidades: esa luz que reflejó sobre la frente inspirada de los profetas, é inflamó el corazón de los apóstoles, es la misma que prestó fuego á la candente frase de Tertuliano, potentes alas á la inteligencia gigantesca de San Agustín, y sobrehumano vigor al entendimiento angélico de Santo Tomás de Aquino. Al calor de ese fuego se inflamaron los corazones de San Francisco de Asís y de San Buenaventura, que se derritieron en caridad; la palabra de San Bernardo que agitaba millares de

hombres como el soplo de los vientos agita en los sembrados las espigas; á ese fuego se retemplaron las almas de San Ignacio de Loyola que nunca conoció el miedo ni la vacilación, para el que quedó borrada sobre la tierra la palabra imposible; y el alma de Teresa de Jesús, mar de amor sin límites conocidos, espejo de virginal limpieza, deliquio perenne de mística ternura, éxtasis sublime de inefable caridad; el alma, sí, de esa Teresa, ante la cual atónitas se detienen las generaciones para preguntarla, como dudando de tanta grandeza: Teresa ¿eres mujer ó eres ángel?

El reinado de la fuerza sobre los cuerpos, ha sido el imperio de los tiranos y de los perversos. Así dominaron al mundo Alejandro, después de desgarrar de una puñalada el pecho de su amigo, y antes de apurar la copa de Hércules; César, manchado con las delicias del Nilo y con la sangre de Vereingertórix; Nerón con la sangre de su madre sobre la frente; y Mahoma, dos veces ebrio de voluptuosidad y de matanza. Reinar con la idea sobre el mundo inmenso del pensamiento; reinar con el cetro del amor sobre el imperio sin fin de los corazo-

nes; ésta es la verdadera soberanía de la tierra, la inacabable y santa, porque procede de la verdad y del bien. Esta es la sola soberanía irresistible porque directamente viene de Dios.

Podemos, horrorizados ó impasibles, ver desfilar los fantasmas de las grandezas vanas de la tierra: sin conmovernos, pueden pasar ante nuestros ojos las sombras de los poderosos del siglo: los reyes con sus rotas coronas, los falsos sabios ceñidas las frentes de laureles marchitos y arrastrando sus desgarrados mantos los triunfadores; pero no pasarán sin que nuestras cabezas se inclinen y se doblen nuestras rodillas; las almas santas, selladas con el nombre de Dios y que fueron vasos de elección durante su rápido paso sobre la tierra.

Al evocar la singular figura de Teresa de Zepeda, blanca como la inocencia y roja como flama de amor; aromatizada con el celestial perfume de todas las virtudes cristianas; coronada su cabeza con la triple aureola del genio, del heroísmo y de la santidad; no permanecerán erguidas nuestras frentes ante el poder y la bondad de Dios, á quien le plugo encerrar tan grandes ma-

ravillas en vaso tan frágil y obrar tantos prodigios en tan débil criatura suya.

Grande por el pensamiento y grande por el corazón, fué Teresa de Jesús escritora insigne y fundadora ilustre. La una y la otra nada son, sin embargo, al lado de la santa. Querer separar en ella las unas de la otra sería una blasfemia. ¡Sería imposible un edificio sin cimientos: no se comprende sin raíz el árbol! Pensó alto, hizo mucho y amó más porque fué santa. “Si charitatem non habuero nihil sum.” Si caridad no tengo, nada soy, exclamaba el humilde San Francisco.

Bajo todas sus bases es un tipo asombroso el de la humilde recoleta de Avila. Como escritora se destaca su grandísima figura en el horizonte de su siglo, cual un gigante, y no al lado de pigmeos, sino en medio de colosos. Santa Teresa fué escritora insigne cuando todavía estaba húmeda la pluma con que escribieran, Don Pedro Calderón su “Vida es sueño,” filosofía suprema encerrada en vaso de cristal primorosa.]

mente cincelado; el Padre Rivadeneira su libro de la "Tribulación," mapa asombroso de los caminos del Cielo por las sendas del dolor; Fray Luis de Granada su "Guía de Pecadores," donde se ve el pecado tan horrible y tan hermosa la virtud, que necesario es con ella en las manos morir de espanto ó de amor; y el Padre Ripalda su "Catecismo," ese alfabeto sublime de la más alta teología, ese libro, después de los santos, el más portentoso que hayan conocido los hombres; ese pequeño libro que de no haber sido escrito por un ángel, el Padre Ripalda debe haberlo escrito recibiendo del Cielo cada una de sus páginas. Santa Teresa descuella como escritora en medio de esta pléyade de gigantes.

Cuando se dirigen á su verdadero fin, que es la gloria de Dios y el bien de los hombres, son nobles todos los ramos del saber humano; pero dos son las ciencias por excelencia; sólo dos ciencias hay en lógica absoluta, la historia y la teología; la ciencia del hombre y de los pueblos, á través de sus propias vicisitudes; y la ciencia de Dios de donde todas brotan y adonde vuelven todas.

La teología, que hasta donde alcanza la mísera razón humana, escudriña los atributos de Dios y las operaciones de su bondad sobre sus criaturas, que tiene por última expresión y por linde postrero la verdad revelada, es la teología dogmática. La que fija las reglas cuya primera norma está grabada por Dios mismo en la conciencia de todos los hombres, para juzgar de nuestras acciones, ésa es la teología moral. La que enseña, en fin, los caminos á la par tan escabrosos y tan fáciles de llegar al amor de Dios de donde todo bien dimana; la que muestra los medios más eficaces de mejorar las verdades conocidas y alcanzar mejor las virtudes deseadas, ésa es la teología mística, la flor más preciosa del saber humano, la síntesis sublime de toda ciencia, el compendio maravilloso de toda sabiduría.

La teología mística era la ciencia de Santa Teresa de Jesús. De un solo vuelo se colocó Santa Teresa en el más alto peldaño de la luminosa escala del saber humano. Seríamos ángeles los hombres si conociéramos la esencia de las cosas, es decir, la manera de obrar del infinito poder de Dios en

ellas: como ángeles seríamos si supiésemos, por ejemplo, por qué se cuaja la perla entre la concha y por qué germina bajo la tierra el grano, cuál es el principio de la salud y el germen de las enfermedades que aquejan á la humanidad, cuáles átomos son los que vibran en la luz y cuál es la esencia de nuestro propio pensamiento. Santa Teresa por especial dispensación del Creador Supremo sabía cosas más elevadas y más hondas que todas éstas. En su libro de las "Moradas del Alma" sigue paso á paso las transformaciones que ésta sufre bajo la acción de la gracia divina; ve nacer y crecer las virtudes dentro el alma y casi mira el espíritu cara á cara como nosotros vemos los cuerpos. La gracia, es decir, la acción de Dios sobre los espíritus libres, mar sin límites cuyas playas pisó apenas San Agustín, lo navega Santa Teresa llevada por la mano de Dios mismo y dice verdades que casi no alcanzan los entendimientos más profundos y que los teólogos más sutiles sólo vislumbran entre nieblas.

Medita sobre el Padre nuestro y encuentra como San Francisco de Asís y Santa Clara, tesoros escondidos en la oración do-

minical. Las meditaciones de Santa Teresa sobre el "Padre Nuestro" son una mina tan honda como rica de incontables tesoros. Las palabras de la oración suprema que todos los días balbuten nuestros labios, para ella encierran sentidos misteriosos y profundos, que nosotros no alcanzamos. Ella comprende el sentido místico del "Cantar de los Cantares," ese himno incomparable del amor de Dios á las almas escogidas y del amor de éstas á su casto Esposo Celestial.

Forzada por la obediencia su humildad, escribe Santa Teresa su propia vida y hace revelaciones al narrar las gracias que el Señor la dispensara, que maravillan á la tierra y dejan asombrados á los mismos Cielos. Arrebatada como San Pablo sube en espíritu hasta el Empíreo: después de haber descendido al negro abismo del llanto eterno, de las tinieblas que no se disipan, del crujir de dientes, y del gusano roedor que nunca muere.

Juzgar como escritora á Santa Teresa sería una blasfemia. La frase correcta y fácil, el lenguaje castizo, el período eufónico, el estilo claro, elegante y pintoresco; accidentales son que ni siquiera se perciben

al lado de la alteza de los conceptos y la sublimidad de los sentimientos. Santa Teresa como escritora es superior á todo criterio humano. Toda literatura sería impotente para juzgarla, porque los hombres no entienden el lenguaje de los ángeles.

Los escritos de Santa Teresa sólo pueden leerlos correctamente los serafines entre nubes. Ante esas páginas inspiradas, sólo sientan bien á los mortales la admiración y el silencio. He aquí á la escritora.

Es grande y sublime la misión del escritor, es decir la del pensador, que piensa en voz alta y á la faz de todos, para propagar la verdad y hacer que el bien sea amado sobre la tierra. Es elevada esa especie de sacerdocio que convierte á un hombre en soldado voluntario de la verdad y la virtud. Vivir en un aparente reposo lleno de febril actividad, para destilar en medio de dolores inauditos y gota á gota el pensamiento, cuya esencia depurada ya debe mantener la vida de muchos espíritus iluminando muchas inteligencias y fortaleciendo

á muchos corazones, es sin duda una misión santa á los ojos de Dios y de los hombres.

Más alta que misión tan alevada, sólo puede serlo la del obrero del bien, que á la palabra agrega la acción y á la enseñanza junta el ejemplo. Santa Teresa no fué sólo maestra insigne de las almas, sino obrera infatigable y fundadora excelsa. Sus planteles admirables de virtud, tres siglos han pasado desde que los fundara y cubren aún la redondez de la tierra. En Europa y en América, en el Africa y el Asia, sus hijos aplacan la cólera de Dios con las austeridades, é imploran sus hijas la misericordia del cielo, con las salmodias mismas que les enseñara Santa Teresa.

Fué una mujer especialmente enviada por Dios para alumbrar al mundo con sus doctrina y para consolar con sus virtudes á la humanidad atribulada, bajo el peso de sus propios desórdenes. Apareció sobre la tierra ese ángel humanado, en los momentos en que más necesario era para contener y reparar los escándalos de una época, que se desbordaba en todo género de impiedades y depravaciones.

El protestantismo había subvertido lo

cimientos del orden social y trastornado la Europa, devastando á fuego y sangre Francia, Inglaterra y toda la Alemania. En el Norte del viejo mundo corrían torrentes de sangre. Sobre el trono de Inglaterra con rostro de hembra se sentaban la crueldad y la perfidia más refinadas; en la corte de Francia todo era frivolidad y placer. El mundo cristiano gemía de tantos desórdenes y tan grandes infortunios. Lloraban los fieles al mirar desgarrada la túnica de Cristo por la herejía del infeliz Lutero.

La soberbia, rebelión del espíritu contra la verdad; el sensualismo, predominio de la carne contra el espíritu; la codicia, inspirada por la soberbia de la vida, habían engendrado el protestantismo llenando la tierra de desolación. Entonces fué cuando milagrosamente apareció Santa Teresa de Jesús como fundadora, para vencer los vicios reinantes con las virtudes contrarias. Entonces reformó el orden del Carmelo volviéndola á toda la austeridad de su primitiva regla, para que la humildad y la pobreza de sus hijos domasen la soberbia de los grandes y la codicia de los poderosos de la tierra; para que la limpieza de sus hijas

vírgenes lavase el cieno del sensualismo de los felices del siglo. Luchar con el protestantismo sin tregua y sin descanso hasta derribarlo, era la misión de San Ignacio de Loyola; levantar el monumento viviente de todas las virtudes negadas ó desconocidas por el protestantismo, fué la misión de Santa Teresa de Jesús. El atleta derriba mientras la vírgen ora. ¡Grande es el Dios que con una débil mujer confunde á una herejía y contiene los mares con sólo un dique de arena!

En sus "cartas," en sus "avisos" y en sus constituciones" ha legado al mundo Santa "Teresa la historia y el espíritu de su fundaciones. Monumento inmortal de su piedad y su sabiduría, que los siglos respetándolo, íntegro lo han dejado sin borrar una sola tilde de sus magníficas inscripciones. En sus "cartas," donde su espíritu se ha esparcido con más libertad y en las que parece entrar en una confidencia universal con todas las almas amantes de la virtud, se leen con pasmo las contradicciones sin número que tuvo que soportar, los incontables obstáculos que tuvo que vencer, para lograr que fuese aceptada y establecida

la reforma que Dios le inspirara, para que la Orden del Carmen volviese á su pristino esplendor.

Asombro causan su fortaleza y su constancia, su paciencia increíble y para decirlo todo en frase profana, su ínclito heroísmo. Heroísmo, sí, pues no son héroes los que arrastrados por el vértigo insensato de sus pasiones, llegan hasta el sacrificio de sí mismos en aras de su propio orgullo. Fuera de la vida cristiana, ningún heroísmo es posible. El que no se sacrifica por amor de Dios y en pro de sus semejantes por amor del mismo Dios, no es un héroe sino un insensato. A los ojos no sólo de la piedad, sino de la razón, más heróica es Santa Teresa arrostrando en el rincón de una celda y por amor de Dios, todo el recio vendabal de los dolores del alma, que el ardor brutal de los triunfadores, que, impulsados por su orgullo, derraman sin piedad la propia sangre y la ajena, aun cuando estos triunfadores lleven por nombre Federico II, Carlos XII ó Bonaparte.

Como fundadora, un noble monumento ha legado al mundo Santa Teresa: el de sus heroicos esfuerzos y el de sus fundaciones

incontables, canal amplísimo por donde el cielo ha inundado de gracias á la tierra. ¡Esta fué la fundadora! Si la admiración y el silencio son el mejor elogio á la escritora, el único digno de la fundadora será el himno de gratitud de la humanidad reconocida. ¡Feliz Teresa, cumpliése en tí la palabra santa! “El que á la enseñanza junta la buena obra, ése es el que tendrá alto lugar en los cielos.”

El espíritu de nuestro siglo está maquinando una grande iniquidad, y ya asoma á sus labios la blasfemia que intenta profirir. Llenando de elogios á la poetisa y á la sabia, quiere como huudir en el olvido á la Santa, arrojando sobre ella un denso sudario de silencio. Santa Teresa es grande á los ojos de la posteridad en letras y en fundaciones, porque era Santa. Quitadle las letras y dejadle la santidad y sin ellas tan grande será como con ellas. Mas si la santidad se le quita, nada es entonces ante Dios ni ante los hombres. La santidad es

la sola raíz y fundamento de su grandeza abrumadora.

A pesar de su magnitud insólita, pequeños son la fundadora y su genio al lado de la Santa. Todas las cosas deben dirigirse á su fin y obrar según su naturaleza. El alma humana, inteligente y libre, por fin tiene, conocer y amar á su Criador, hasta perderse en El, como los ríos se pierden en el mar. Un conocimiento de la verdad henchido de amor y este amor palpitando de una delicia inacabable y plena, es el fin de nuestras almas, único término digno de ellas y de Dios, que de la nada las formó para que fuesen inmortales.

Una alma es más perfecta á medida que más se une por la inteligencia y por el amor á la inteligencia y á la bondad infinitas. Las virtudes son como las alas con que las almas vuelan hacia ese firmamento luminoso de la verdad y del bien, en cuyo centro Dios irradia como un sol sempiterno de infinito amor. Si nos fuere dado ver cara á cara el alma de Santa Teresa caeríamos muertos de asombro como heridos de un rayo, ó quedaríamos ciegos como ante el rostro resplandeciente de un querubín. Esa

alma donde tantas virtudes se anidaron mientras estuvo presa en su cuerpo mortal, más luminosa debe brillar en los cielos y en medio de los bienaventurados, que brilla en nuestro firmamento la estrella de la tarde en los serenos crepúsculos del otoño.

Sería tarea superior al humano esfuerzo narrar una á una las virtudes que adornaron esa alma tan limpia, tan ardorosa y tan bella. Innumerables biografías se han escrito de Santa Teresa y no han bastado para completar el amplio dechado de sus virtudes. Las más poderosas inteligencias han cavado durante siglos en la rica mina de sus trasportes de amor divino, y aun no le encuentran el fondo. El Padre Ripalda, su confesor ilustre, vuela en pos de ella y se detiene falto de aliento sin poder seguirla; San Juan de la Cruz, tampoco se siente con alas bastante poderosas para acompañarla en su alto vuelo. Fenelón más tarde, el cisne de Cambrai, el preceptor de los reyes y el mentor de los pueblos, intenta seguirla sobre las huellas que Santa Teresa dejara en sus escritos y sólo puede, anonadado de admiración, exclamar: "Antes olvídeme de mí mismo, que olvidarme pueda de Teresa

de Jesús." Sólo ella pudo ser digna biógrafa de sí misma.

No faltó á su gran santidad, ni que el infierno vomitara sobre ella blasfemias por medio de la inmunda boca de Voltaire.

Si ante la Santa callan las lenguas de los grandes maestros y de los grandes santos ¿qué nos cumple hacer á nosotros míseros gusanos que vivimos en el cieno y nos agitamos en las escorias del tráfico banal de este mundo de maldad? Sólo nos es dado de rodillas y al pie de sus altares, pedirle que ella que llegó ya al término feliz de la jornada, envíe sobre nuestras frentes un rayo de luz de su fúlgida auréola para que alumbre nuestro áspero sendero, un rayo sobre los nuestros, del amor de Dios que abrasó su corazón.

¡Teresa de Jesús! Escritora insigne, fundadora ilustre, santa amada del Señor, justos son los loores que el mundo entero en estos momentos por doquier entona en honra tuya. En el himno que hoy levantan

en tu honor todas las lenguas civilizadas, no dejes de escuchar con especial complacencia, nuestro acento que fué el tuyo. Es tu fiesta para nosotros una fiesta de familia. Hablamos la hermosa lengua que tú hablaste, unos mismos fueron nuestros padres, la sangre que hizo latir tu hermoso y grande corazón, es la misma que atravesando los mares con Don Hernando el de la fe de apóstol y el de la espada incontrastable, circula hoy en nuestras venas y alienta nuestras vidas.

¡Teresa de Jesús! Tú que tanto puedes ante el trono del Señor, del Dios poderoso y justo, por quien los pueblos viven, que levanta las razas ó las abate según los designios impenetrables de su sabiduría infinita, ruégale que arroje una mirada de compasión sobre la noble España y la muchedumbre de sus incontables generaciones en el mundo de Isabel y de Colón! Que despierte de su sueño España, nuestra ilustre abuela, para que con la grandeza de su fe y de su genio, el heroísmo de su corazón y pujanza de su diestra, de nuevo llene la amplitud de dos mundos.

¡Que bendiga también en nosotros á los

hijos de sus hijos! Ya crece y se encrespa la ola, ya el alud se está formando, la tormenta y la inundación avanzan. Ay, Teresa; si ahogados quedan en ellas nuestra sangre y nuestra habla ¿quiénes entonces, podrán aquí, sobre este fértil suelo, alabar al Señor Dios nuestro con toda la fervida fe de nuestra raza y el sonoro acento de la hermosa lengua que fué tuya?



DISCURSO

pronunciado en la velada literaria que celebraron las

CONGREGACIONES DE SAN LUIS GONZAGA

el 21 de Junio de 1891.
